

mán amigo de los nazis. Fracaso, en fin, de todo un país y de todo un espíritu, que David Hemmings cuenta en fotogramas bellísimos, en el marco de un Berlín ya destrozado, ya entonces hecho ruinas y miseria. ■ EDUARDO HARO IBARS.



TEATRO

Madrid: Presentación del Lliure

Primero de los cinco espectáculos que el Teatro Lliure, en el ámbito del Centro Dramático, va a presentar en el María Guerrero y en la Sala Cadarso. Se trata de "Leoncio y Lena", una obra rara y genial de Georg Buchner, autor singular —"Woyzek", "La muerte de Danton", "Leoncio y Lena"— en el teatro contemporáneo, donde, pese a morir muy joven y estar enmarcado por un movimiento tan específico como el Romanticismo alemán, puede decirse que sigue siendo, o incluso que lo es cada vez más, profundamente próximo. En Buchner se dan, en efecto, tanto en el plano de su sensibilidad como en el de sus ideas, en el de sus personajes como en la estructura de sus dramas, una serie de características que han servido de pauta a grandes autores posteriores. Hasta podría añadirse que con él se instala en el teatro ese sentimiento, tantas veces reiterado en los dos últimos siglos, de "desencanto político" —expresado aquí con el comportamiento del personaje Valeri—, de "decepción revolucionaria" ante la sucesiva traición de los ideales programáticos por los intereses y las pasiones particulares de los vencedores.

El montaje del Lliure, dirigido por Lluís Pasqual, con espacio escénico y vestuario —elementos indisolubles, como debiera ocurrir siempre, en la iconografía dramática— de Fabià Puigserver, revela, precisamente, hasta dónde la identificación con Buchner es hoy una verdad. Una verdad que, lejos de exigir espe-



"Leoncio y Lena", en el montaje del Lliure.

citaciones intelectuales, se da ya a nivel de piel o sentimiento, de insatisfacción compartida, de rebelión vital contra ciertos comportamientos sociales, a la vez que de lucidez —y, por lo tanto, de agonía— existencial. La muerte, la fugacidad, la plenitud, el amor, la belleza, la libertad, la naturaleza, de un lado, la Corte, el deber, el matrimonio, el oportunismo, del otro, se mezclan y contraponen en un drama de nitidez dolorosa, claro y complejo, como la música de Vivaldi —y la "musicalidad" es un factor básico en la poética de Buchner, de Pasqual y de Puigserver— o, por seguir a Arrizabalaga, de Mozart, que "se rompe cada vez que se toca".

El María Guerrero ha sido sometido a una inteligente transformación. El espacio escénico cubre buena parte de la sala, conservando así el espectáculo la relación con el público que ya tenía en el Lliure. La decisión resulta poéticamente justificada y altera la rigidez del teatro a la italiana. La aproximación de Lluís Pasqual necesita una intimidad —más cercana al cuarteto de cámara que a la gran orquesta sinfónica— que al espacio de Puigserver, por su configuración y por sus tonos, por su lirismo, resuelve. También la interpretación se ajusta, con extraordinaria delicadeza, a la gestualidad y al tiempo que exigen la

concepción del montaje, una gestualidad que es, a la vez, convencional y sincera, precisa y fresca.

Si uno tuviera que reducir el juicio a unas pocas palabras incluiría las de cultura teatral, refinamiento, inteligencia y aun esta otra, tan rara en nuestros escenarios, sobre todo cuando se trata de grandes obras: sensorialidad. ■ JOSE MONLEON

Los clásicos, en Almagro

II Jornadas de Almagro, muy bien planeadas y coordinadas por Francisco Ruiz Ramón. Su tema: "Lectura actual de los clásicos". Participantes: gentes de teatro más o menos directamente vinculadas con el tema y un grupo de prestigiosos investigadores universitarios. He aquí algunos nombres: Maravall, Díez Borque, Juan Manuel Rozas, Luciano García Lorenzo, Francisco Rico, Andrés Amorós, Francisco Nieva, José Luis Gómez, César Oлива, Nuria Espert, José Martín Recuerda, Ricardo Salvat, Xavier Fábregas...

Paralelamente, una serie de representaciones, cerradas con las de "La dama boba", de Lope de Vega, por el Teatro Estable Castellano, y una versión libre del "Don Duardos", de Gil Vicen-

te, escrita por Carmen Martín Gaité y presentada por el que pudiera llamarse —para simplificar su larga sigla oficial— el Teatro Nacional Infantil. La entidad de las obras, de sus autores, de los directores —Miguel Narros y José María Morera, respectivamente— y de las compañías, impide despachar el juicio en breve espacio. Tiempo habrá de hacerlo razonablemente. Aparte de que lo específico de Almagro no han sido tanto las representaciones —algunas ya vistas con anterioridad; otras, destinadas a circular profusamente en el futuro— como el intento de delinear, colectivamente, una serie de posiciones frente a los clásicos y, lo que es más importante, de concretar una serie de exigencias que puedan sacarlos del panteón donde reposan. Quizá, en última instancia, y en el caso de muchas obras tenidas superficialmente por clásicas —simplemente por el hecho de haber sido escritas en los siglos XVI y XVII—, para volverlas a enterrar nuevamente, pero siquiera tras el análisis que permita firmar el certificado de defunción con conocimiento de causa y la conciencia tranquila.

Un punto fundamental de las Jornadas de Almagro ha sido la confrontación entre la Universidad y el Mundo del Teatro, dos fuerzas que, contra lo que parecería lógico, rara vez han solido encontrarse en el campo de los clásicos. La confrontación fue, por ello, un tanto polémica. Los términos y criterios de valor —donde unos leen palabras, los otros oyen a los actores; donde unos piensan como lectores, los otros se esfuerzan en ser público— eran, a veces, distintos. Pero el esfuerzo por entenderse —y habría que citar, como símbolo, la actitud siempre ejemplar, del profesor Maravall— fue claro y contribuyó a delinear un temario de problemas que van desde la posible "ironía" de algunas obras clásicas —donde el servilismo verbal a las instituciones parece oponerse a la conducta tortuosa de algunos de sus personajes— hasta la manipulación burocrática de que fueron objeto durante la Dictadura, desde los problemas de la "adaptación" a los de la "actuación" de los dramas clásicos, desde su interés a su anacronismo... ■ J. M.